

La expedición de Almanzor a Santiago de Compostela en 997

Por NARCISO PEINADO

Catedrático de la Real Academia Gallega,
Profesor del Magisterio.

La estancia de los árabes en el territorio de Galicia fué harto fugaz para que pudiese prevalecer huella perdurable de su paso. De ahí los limitados estudios hechos sobre tema tan atrayente, en esta tierra, donde los nombres de Narón, Santa Cristina y el propio de Lugo, límite septentrional de la conquista llevada a cabo por Tarik, ya que aquí se detuvo y desde allí volvió a la corte de los califas (1), son incentivos más que suficientes para aguijonear la curiosidad del investigador en hechos tan decisivos como trascendentes para la historia de la Patria.

Uno de estos episodios, fugaz, más no por ello de menor interés, lo es, sin duda, esta expedición o «algazua» de Almanzor (2).

Habría podido creerse que Almanzor no comenzaría ninguna otra guerra hasta que tuviese concluída la de Mauritania, pero no fué así. El Ministro había concertado con los Condes leoneses, que eran vasallos suyos, una gran expedición contra Bermudo, el cual, contando demasiado con lo que podía favorecerle la rebelión de Ziri, se había atrevido a negarle el tributo, y, aunque después habían cambiado las circunstancias, Almanzor no renunció a su propósito. Tal vez quería mostrar a Ziri, a Bermudo y a todos sus enemigos, declarados o encubiertos, que era lo bastante poderoso para emprender dos guerras a la vez. Si tal era su intención, no había presumido demasiado de sus fuerzas, porque quiso el destino que la campaña que iba a emprender, la de Santiago de Compostela, llegara a ser la más célebre de todas las que sostuvo durante su larga carrera de conquistador (3).

A excepción de la Ciudad Eterna, no había en Europa un lugar tan nombrado por su santidad como Santiago de Galicia. Y, sin embargo, su fama no era antigua, pues sólo databa de tiempos de Carlomagno y Alfonso el Casto (813); más bien presto adquirió gran renombre por los numerosos milagros que allí se operaban,

de suerte que, a fines del siglo X, Santiago era un lugar de peregrinación famoso adonde acudían de todas partes: de Francia, de Italia, de Alemania y aun de los países más apartados del lejano Oriente. También en Andalucía tenía todo el mundo noticia de Compostela y de su soberbia iglesia, que, para emplear la expresión de un autor árabe, era para los cristianos lo que la Kaaba de La Meca para los musulmanes. Ya Algazel había ponderado su fama y santidad entre los rumís (cristianos): «Le invocan en sus juramentos y van allá en peregrinación de los países más lejanos» (4).

Pero no se conocía tal lugar más que por su fama. Para haberlo visto, era necesario haber estado cautivo en Galicia (Djalykiah), porque ningún príncipe árabe había tenido intención de penetrar con un Ejército en un país tan lejano y de tan difícil acceso, puesto que el mismo Tarik no había osado pasar más allá de Lugo (5).

Lo que no había intentado nadie, Almanzor había resuelto realizarlo. Quería demostrar que lo que era imposible para otros no lo era para él, y tenía la pretensión de destruir el santuario del Apóstol, que según los leoneses había combatido muchas veces en sus filas como caudillo victorioso (6). Desde el Pacense, pasando por Sebastián de Salamanca y Sampiro, hasta el monje de Silos, se hacen eco de esta devoción jacobea

Almanzor dirigió contra tal ciudad la expedición estival que salió de Córdoba el sábado 23, Chumada II del 387 (3 de julio de 997), que era su cuadragésimoctava campaña. Entró primero en la ciudad de Coria, después de haber atravesado el Guadiana por el puente romano de Mérida y los vados inmediatos, ya que este río es vadeable, y más en la época estival, por muchos puntos. Prosiguió por Nerba (Caseres), cruzando el Tajo por los puentes de Alcántara y Alconetar. Hasta aquí, pues, no abandonó la conocida vía romana nombrada «Vía de la Plata» con miliarios imperiales de los días de Nerón, Tiberio, Trajano y Adriano.

Luego, a su llegada a Medina-Djalykiah (Medina de Galicia.—Viseo) (7), se le reunieron gran número de Condes que reconocían su autoridad y que se le presentaron con sus guerreros y mesnadas, con gran pompa, para unirse a los musulmanes e iniciar las hostilidades.

Entre estos Condes probablemente se hallaban, como sospecha el señor Amor Meilán en su *Historia de la Provincia de Lugo*, tomo V, página 154 y siguientes, Gonzalo y Rudesindo Me-

néndez, con Suero Gudemáriz, sublevados contra Bermudo y señores de Puertomarín.

Por orden de Almanzor, una flota considerable había sido reunida en Kasar Abu-Danys ("Alcázar de Sal"), sita en la costa occidental de la Península, no lejos de la desembocadura del Sado. En ella habían de transportarse diversos Cuerpos de Ejército (Infantería), para hacer su marcha menos fatigosa, amén de aprovisionamientos, bagajes e impedimenta.

Con tales preparativos podía confiar en llevar su empresa hasta el fin. Llegado a un lugar llamado Porto, sobre el Duero (Oporto), la flota remontó el río hasta el lugar elegido por Almanzor para el cruce del río con el resto de las tropas, y las naves sirvieron allí de puente, junto al castillo que se alzaba en aquel punto, Cale (Méndez-Correa: *Cale, Portucale e Porto*, "Semanao de Estudios Gallegos", tomo VI, pág. 161).

Se repartieron en seguida los víveres entre los diversos Cuerpos de Ejército, y, pertrechada la hueste abundantemente, entró en país enemigo.

Estas últimas palabras de Makari nos muestra el punto de la ribera del Duero adonde llegaba la Reconquista en aquellos días; cómo, abandonada la "Vía de la Plata" en Caurius (Coria), el Ejército musulmán, después de faldear el Mons Herminius, sierra de la Estrella, por el Noroeste, no lejos de las fuentes del Mondego, volvía a caminar sobre otra calzada militar abierta por los legionarios de la época de Adriano, la que, por "loca marítima", desde Olisipo (Lisboa), por Scalabia, Santarem, Sellium, Conimbriga (Coimbra), cruzaba el Mundo (Mondego), después de Aminiura y Talábriga, Aveiro; arribaba al Duero en el punto citado.

El acertado trazado de estas primitivas vías de comunicación lo demuestra que se han utilizado en su mayor parte para los caminos y rutas modernas, sin tener que variar cosa mayor en dirección ni pendientes en la mayoría de los casos. Por eso han desaparecido las huellas antiguas en muchos de aquéllos, ya primitivos, ya posteriores, pues sabido es que, con corta diferencia, su construcción fué la misma. Los suevos y los godos no atendieron a este cuidado, dejando destruir los que había. Fué preciso que llegase el siglo IX para que se abriesen a la circulación nueva sendas, como el camino de Santiago, o camino francés de las pe-

regrinaciones, reparado por Ramiro I (848), y hasta bien entrado el siglo XI, reinando el gran Alfonso VI principalmente, no se rehacen los puentes tendidos por los romanos. De aquellas centurias no hay noticia alguna, salvo tal cual manda pía, de que se hubiesen cuidado seriamente de ningún otro camino de Galicia hasta el reinado de Alfonso VI (8). Tomada la dirección de Santiago, Almanzor atravesó extensas regiones, cruzó muchos y grandes ríos y diversos canales o rías donde penetran las aguas del Océano; llegó en seguida a las llanuras de Valladares, lugar de la diócesis de Oporto, sito a seis kilómetros de Baiao y a cinco de la margen derecha del Duero; Malasita (Mattosinhos) y Al Dayr, de la comarca vecina; desde ella avanzó a una elevada montaña muy abrupta, sin vías ni caminos; los guías, por lo visto, no supieron señalar otro itinerario. Por orden de Almanzor, grupos de obreros trabajaron para ensanchar las huellas de los senderos, a fin de que pudiera pasar el Ejército.

Cruzado el Letheo ("Rio del Olvido"), el Limia, testigo (en 138 antes de J. C) del paso de las legiones mandadas por Décimo Junio Bruto, según nos narra Tito Livio, cerca de Ponte de Lima, paso de la vía militar del itinerario Antoniano, hubo precisión de atravesar, como vemos, la erizada zona montaraz tendida entre este río y el Minius (Miño), conocido hoy por sierra de Santa Lucía, en la que la vieja senda había casi desaparecido entre los pliegues de sus fragosidades.

Atravesado el Miño cerca de Salvatierra, los musulmanes desembarcaron en anchas y espaciosas llanuras, fértiles valles o campos, y sus exploradores llegaron hasta Dayr-Kurtan (monasterio de San Cosme y San Damián, más tarde nombrado San Colmado, entre Túy y Bayona), Avila y La Cueva (el convento de ermitaños de San Cosme y San Damián junto a Bayona.—Localización de un pasaje de S. Farmiano, pág 175 de la publicación del "Museo de Pontevedra") (9), correspondiendo el trozo de calzada desde Limia hasta aquí a la época de Augusto, según testimonian las piedras miliarias del trecho (10).

El valle de Balbenit (San Benito), situado sobre el Océano, lo señala Al Makari seguidamente, dejando a la izquierda Vice Sparcorum (Vigo), que fué saqueado, tomando por asalto la fortaleza de San Balayo (puente Sampayo), que también saquearon; después de haber atravesado unas marismas arribaron a una isla en la que se habían refugiado gran numero de habitantes de la re-

gión. Esta isla debe de ser, indudablemente, la de San Simón, en el fondo de la ría de Vigo.

Los invasores les hicieron prisioneros y llegaron a la montaña "Morazo" (península de Morrazo), que el Océano rodea; se internaron en ella, arrojaron de la misma a los que la ocupaban y se apoderaron del botín dejado por ellos. Atravesaron en seguida la ría de Lurki o Lurqui (Lérez) por los dos vados (Duos Pontes) que les fueron señalados; a continuación se cruzó el Ullia (Ulla) y penetraron en llanuras bien cultivadas y abundantemente abastecidas: la de Umba (Umia), Karachita (Carcacia), Dayr y Sontebria (Ribadulla); estos dos últimos lugares, no bien localizados en la toponimia regional, quizás por la mezcolanza que el cronista árabe hace al llegar a este punto, no por confusión, sino por no haber intervenido en la hueste y escribir por meras referencias suministradas (11). Aún así, la crónica árabe es, desde luego, en todo momento siempre superior en detalle y datos a los áridos cronicones cristianos contemporáneos.

Llegó así Almanzor a la ría de Iliya (Iria- Padrón), donde se alzaba uno de los templos consagrados a Santiago, que, para los cristianos, seguía en importancia al que encierra su sepulcro, por lo que acudían a él devotos de las regiones más distantes: del país de los coptos, de la Nubia, etc. Después de haberlo arrasado por entero, fueron a acampar ante la orgullosa ciudad de Santiago, el 2 de Xabán (10 de agosto), fecha entonces colmada de gloria para el soberbio amirita; pero fatídica esa misma fecha, cinco años después, porque precisamente el 10 de agosto del año 1002 había de morir en Medinaceli.

Las tropas es muy posible que acamparan en el castro de Santa Susana. La ciudad había sido abandonada de todos sus habitantes; los musulmanes se apoderaron de sus riquezas y derribaron las construcciones, las murallas y la iglesia, de modo que no quedaron huellas de las mismas. Sin embargo, los guardias colocados por Almanzor para hacer respetar el sepulcro del Santo impidieron que la tumba recibiera daño alguno. Ha llegado hasta nosotros cómo tan sólo un monje anciano (tal vez el propio prelado San Pedro Mezonzo) había permanecido junto al sepulcro del Apóstol. "¿Qué haces ahí?", le preguntó Almanzor. "Rezar a Santiago", respondió el anciano. "Reza lo que quieras", dijo entonces el Ministro, y prohibió que le hiciesen daño.

Pero todos los hermosos palacios sólidamente construidos que

se alzaban en la ciudad fueron reducidos a polvo, y no se hubiera sospechado, tras su arrasamiento, que hubieran existido allí la víspera. Se llevó a cabo la destrucción durante los días que siguieron al miércoles 2 de Xabán.

Las tropas conquistaron después las comarcas vecinas y llegaron hasta la península de San Mankas (San Cosme de Mayanca-



Coruña), que avanza en el Océano, punto extremo al que ningún musulmán había arribado hasta entonces y que sólo había sido pisado hasta allí por los pies de sus habitantes. Y en ella se detuvo la Caballería, que no fué más allá (12).

Después de pasar una semana en Santiago, Almanzor inició la retirada, habiendo avanzado más lejos que ningún otro musulmán.

De regreso de su campaña, se dirigió hacia el territorio de Ber-

mudo II, hijo de Ordoño, a fin de saquearlo y devastarlo; pero cesó en su razias al llegar a las comarcas regidas por los Condes confederados que servían en sus Ejércitos.

Retirados los cristianos hacia el Este, por el camino francés, para no tener el mar por retaguardia si lo hubiesen hecho al oeste o al norte, al retroceder Almanzor los hizo creer que emprendería el regreso por la misma ruta que a la ida, y así, para burlar las emboscadas y ardidés que hubieran podido presentar sobre la misma, lo verificó por distinto itinerario, probablemente por la vía militar o su paralelo, el camino de las peregrinaciones jacobéas, que pasando por Asseconia (Oines-Arzúa), Brevis (Aveancos-Mellid), Martiae (Marzá), diverge en Palacium Regis (Palas de Rey), Narón, Puentemarín, señorío de los Condes González y Rudesindo Menéndez, ya mencionados. Buscando la línea de Sil a través del camino franco, prosiguió el ejército amirita por Barbadelo (Sarría), Triacastela y el Cebrero, reintegrándose en Uttaris a la IV vía militar; descendió por Bérvido (Pieros), miliarios de Narón, hacia el mediodía, salvando el aurífero Sil por Forum Cigarrorum (Puente Cigarrosa), por Pinetum (Piñeiro), Mezquita y Aquae Flaviae (Chaves), en busca y demanda de la frontera del Duero en la fortaleza de Lamego, que antes había conquistado, según nos da noticia el cronista Ben Idzari. Allí despidió a los Condes, a los que hizo desfilar, cada uno en su puesto, distribuyendo entre ellos así como entre sus soldados, ricos presentes (13).

Desde Lamego envió a Córdoba puntual relación de sus victorias.

Fuera de la antigua Gallecia, repartió entre los Príncipes cristianos y musulmanes que se habían distinguido en la lid 2.285 piezas de seda bordada, 21 vestidos de lana merina, 2 de ambarí (piel de cachalote), 11 de ciclatón (seda bordada en oro), 14 muravyazat (paños rameados), 7 tapices de brocado romano y pieles de alfaneca (comadreja) (13). Como se deduce de lo dicho, los cristianos fueron cortésmente despedidos en la frontera. Almanzor servíase de sus aliados en territorio enemigo, mas en el suyo no los quería, recelando de ellos en su astucia semita. Sobrados motivos había para ello. Cuando el avance, pasado el Miño, los leoneses que formaban parte de las tropas no parecían muy bien dispuestos. Su conciencia, tanto tiempo aletargada, se despertó de pronto ante la idea de que iban a cometer un horrible sacrilegio, y tal vez hubieran conseguido hacer fracasar la campaña si Almanzor, que

sospechó sus proyectos, no los hubiera desbaratado cuando era tiempo todavía

En una noche fría y lluviosa, Almanzor llamó a un jinete musulmán de toda su confianza. «Es preciso—le dijo—que vayas inmediatamente al desfiladero de Taliars (Peares)—«España Sagrada», tomo XIX, pág. 381—; ponte allí de centinela y tráeme al primer individuo que veas». El jinete se puso en marcha inmediatamente y, una vez en el desfiladero, esperó toda la noche, maldiciendo el temporal, sin que viese aparecer alma viviente, y ya despuntaba la aurora cuando al fin vió llegar, del lado del campamento, a un viejo montado en un asno. Parecía un leñador, porque llevaba las herramientas propias de este oficio. El jinete le preguntó a dónde iba. «Voy a cortar leña en el bosque», respondió el aludido. El soldado no sabía qué hacer. ¿Sería aquel hombre el que tenía que llevar al General? Parecía poco probable, porque ¿para qué podría querer a aquel pobre viejo que tenía que ganarse tan penosamente la vida? Así que el jinete le dejó seguir su camino; pero un instante después cambió de opinión. Almanzor le había dado órdenes terminantes, y era peligroso desobedecerle. El soldado picó espuelas a su caballo, alcanzó al viejo, y le dijo: «Es forzoso que te conduzca ante mi señor Almanzor». «¿Qué tendrá que decirle Almanzor a un hombre como yo?—replicó el otro—. Déjame ganar el pan, te lo suplico». «No,—repuso el jinete—, has de acompañarme, quieras o no». El leñador se vió obligado a obedecer y juntos emprendieron el camino del campamento.

El Ministro, que no se había acostado, no demostró la menor sorpresa a la vista del viejo, y, dirigiéndose a sus servidores esclavos ordenó: «Registrad a ese hombre». Los soldados ejecutaron la orden, pero sin encontrar nada que pareciera sospechoso, «Registrad entonces el aparejo del burro», continuó Almanzor. Esta vez las sospechas no resultaron infundadas, porque hallaron en el aparejo una carta que los leoneses del Ejército musulmán escribían a sus compatriotas dándoles aviso de que cierto lado del campamento estaba mal defendido, por lo que podían atacarlo con éxito. Descubiertos por este mensaje los nombres de los traidores, Almanzor les hizo cortar la cabeza, lo mismo que al supuesto leñador que les había servido de intermediario (13).

Tan enérgica medida produjo su resultado. Intimidados por la severidad del General, los demás leoneses no se atrevieron a man-

tener inteligencias con el enemigo, y el Ejército entero entró en Córdoba, sano y salvo, cargado de botín, después de una campaña gloriosa para los musulmanes.

NOTAS

- (1) *Del Nafb al Tib de Al-Makari*, traducción de Lafuente Alcántara, pág. 192.
- (2) *Bayan el Magrib de Ben Idzari*, versión francesa de Fagnan, tomo II, pág. 491.
- Claudio Sánchez Albornoz: *La España Musulmana*, pág. 371, tomo I.
- (3) Raniero Dozy: *Historia de los Musulmanes de España*, tomo III, pg. 205.
- (4) P. Flórez: «España Sagrada», tomos III y XIX. *El Mesbib de Ben Idzari*.
- (5) Al Makari: Eb. citado. — Armando Cotarelo y Valledor: *Límite septentrional de la conquista sarracena en España*, Santiago, 1921.
- (6) *Peregrinaciones jacobeanas* (en prensa), editada por el Instituto de España, tomo I.
- (7) R. Dozy: *Investigaciones históricas*, tomo I, pg. 163.
- (8) *Geografía general del Reino de Galicia-Coruña*, por Carré Aldao, tomo I. cap. «Camino antiguo».
- (9) Sandoval: *Antigüedades de Túy*, pg. 120. Véase al final «Observaciones».
- (10) *Historia de España*, por D. Ramón Menéndez Pidal, tomo II, pg. 568.
- (11) Al Makari, versión del *Mesbib de Ben Idzari*. — *Historia de la Literatura árabe-española*, por D. Angel Palencia, pgs. 175 y 193.
- (12) Ben Adari: *Historia de Africa y de España*, publicada por Dozy. — Leyden, 1848, Al Makari en el tomo II. Don Rodrigo Jiménez de Rada, en su *Historia Arabum*, capítulo XVI, y D. Lucas de Túy, en su *Cronicon Mundi*, libro IV, («España Ilustrada»). nos narran al llegar a este punto cómo Almanzor hizo trasladar las campanas y las puertas de la iglesia compostelana a la corte de los Califas.
- (13) E. Levi Provencal: *España musulmana en el siglo X*. París, Abén Hayan, apud Ben-Adari, tomo II, pg. 312.

OBSERVACIONES.—Para los itinerarios citados, véase: *Historia de España* de Menéndez Pidal, tomo II. pg. citada.—Antonio García Bellido: *La España del siglo I de nuestra Era y España y los españoles hace dos mil años*. —Justus Perthes: *Atlas Antiquus*, «Gotha». —*Monumentos Romanos de España*, por J. Ramón Mélida, Madrid, 1925. Juan de la G. Artero: *Atlas Geográfico Histórico de España*, Barcelona. —Ramón Otero Pedrayo: *Guía de Galicia*, pgs. 124, 134, 355, 427 y 479.

Pueden leerse, amén de las obras anteriormente mencionadas, como fuentes históricas y de consulta: Al-Andalus: *Revista de las Escuelas de Estudios Arabes de Madrid y Granada*, vol. XIV, fasc. I. —*Los caminos de Compostela en la obra de Idrisi*, pg. 60-123, por César Dubler —*La Geografía de la Península Ibérica en los escritores árabes*, por José Alemany Bolufer, Catedrático de la Universidad Central, Granada. Tip. «El Defensor», 1921.